

Disparatario

Señoras, señores, compañeros

*Alocución con motivo del quinto aniversario del golpe de estado fascista contra el gobierno popular del doctor Salvador Allende, cuya muerte gloriosa precedió en pocos días la del gran poeta americano Pablo Neruda.**

Señoras
Señores
Compañeros;

Muerte y desastre son signo común en muchos de nuestros pueblos americanos. Asesinato y tortura no cejan y la desesperanza impone, a veces, su fatídica sombra. Claro —se dirá— existen otros países, otras regiones, otros lugares más felices en los cuales el destino es diferente y entonces nosotros los de antes, los huérfanos de la vida, sonreímos de inmediato y como dementes cantamos las canciones de ayer. Esas en las que el burgués irremediablemente muerde el polvo, ésas en las que la hueste fascista no llega nunca a cruzar el Ebro mientras en el horizonte de la humanidad se eleva un enorme sol rojo, sólo previsto en rapto de creación artística por Shostakovich, Eluard, Henry Moore, cada uno a su estilo, cada uno según su ideología.

La realidad, la más escueta, es que las balas dirigidas al corazón de Chile, el Compañero Presidente Salvador Allende, nunca se han detenido. Su labor es larga y tremenda y en consecuencia asesina. Las balas ya no buscan sólo al líder, al ideólogo, al combatiente distinguidos, a título de blan-

cos entre todos los más visibles sino también a quienes en modestas trincheras, pero no por ello menos importantes, se revelan en la lucha por el rescate de las libertades humanas como víctimas apetecidas en la masacre que perpetra el imperialismo. Hasta ellos, pues, llegan también los proyectiles que prosiguen atronando la Casa de la Moneda, disparados por manos de Richard Nixon, John Colby, Tacho Somoza, Carlos Arana Osorio, Videla, Stroessner; todos sentados a la mesa de la Junta Militar chilena, que encabeza Augusto Pinochet, sin duda el más sanguinario de los títeres manejados por los señores del dinero.

Pero echemos cuentas, ¿cuántos son ya los muertos en nuestros desangrados países después del sacrificio de Salvador Allende, Pablo Neruda y demás combatientes chilenos? Entre muertos y desaparecidos suman muchos miles de millar. Pretender un recuento llevaría a la locura. Nosotros, sin embargo, en ocasión de cumplirse el quinto aniversario de la caída (transitoria, se entiende) del régimen popular chileno, deseamos evocar así sea momentáneamente otras víctimas sacrificadas por la misma causa en otros tiempos, otros países, otros combates, otras circunstancias en las cuales la mano del delincuente ha sido y es la misma.

El poeta Roberto Obregón, torturado hasta la muerte por las autoridades salvadoreñas; el poeta Otto-René Castillo, incinerado en vida por la insuperable crueldad de los escuadrones de la muerte guatemaltecos; Francisco Urondo, poeta combatiente argentino, caído al atender el llamado de su pueblo. Y ya puestos en esta vía permítasenos evocar a las víctimas de Panzós, pueblecito maya de Guatemala, en donde la metralla transnacional sembró la destrucción ante la repulsa de un mundo hecho más a la simulación alharaquenta que a la fraternidad efectiva.

Todos los nombrados y asimismo los que no, comparecen (comparecemos) incluidos en el desarrollo de un hecho en el que Salvador Allende ha sido el personaje más visible del drama en el cual todos seguimos siendo la primera y la última víctima en los bien urdidos delitos de la civilización occidental, porque ¿acaso no descansa la historia del subdesarrollo sobre la continua escalada del dólar, generador de la violencia en cuya cima hay un cadáver que es el primero de una serie de causas de las cuales el efecto es el último muerto ofrendado a una cada vez más lejana liberación? Dicho sea sin pesimismo.

A cinco años de la muerte de Salvador Allende en defensa de la integridad social, política y cultural de su patria, deseamos dejar constancia de esta incoherente reflexión, expresada puesto el oído en el corazón de Chile. Pueblo en pie de lucha, armado entre otras armas con el verbo intemporal de Neruda.

Señoras y señores. Compañeros. El pueblo chileno exige hoy el plural concurso de todos cuantos alentamos vida (todavía) para volver a construir el espíritu y la libertad momentáneamente puestos bajo la bota de los militares transnacionales.

He dicho.

Carlos Illescas

Cine

Cine chileno: tiempo de discutir

Entre la inmensa cantidad de empresas, proyectos y logros que se clausuraron en Chile el 11 de septiembre de 1973, el cambio de actitudes mentales e ideológicas, que emprendió el cine ocupa un puesto fundamental por sus características intrínsecas; fue el único medio de difusión masiva que pasó totalmente a manos de la Unión Popular (por cuanto que sólo había una casa productora de importancia, Chile Films) y, en consecuencia, pudo ser un vehículo de convencimiento y acción ideológica tan eficaz para los fines del gobierno allendista como el medio impreso lo fue para la burguesía y el imperialismo yanqui (al respecto es muy útil la lectura de *La cultura de la opresión femenina* de Michele Mattelart).

El llamado "nuevo cine chileno" fue indudablemente el más importante en cantidad (más de treinta películas en tres años) y calidad, tomando en cuenta sus antecedentes artesanales, muy lejanos de cualquier producción industrial. La misma validez guarda el impacto que tuvo con los públicos interno y externo; aún así, todavía no se realiza la ya urgente discusión sobre el fenómeno, sus alcances y limitaciones, su actividad presente como cine en el exilio (*Actas de Marusia* de Littin, *Sangre sobre Santiago* de Soto, y *La batalla de Chile* de

* Palabras pronunciadas una noche de insomnio frente a las sombras vivas que encabezaban Salvador Allende, Pablo Neruda, José Tohá, Enrique Letelier, Víctor Jara, Violeta Parra, Javier Heraud, Yon Sosa, El Patojo, Juan Tubac, el Comandante Ché Guevara, Raúl Leiva, Huberto Alvarado, Nayo Castillo Flores, Fátima Rodríguez Padilla, Bernardo Alvarado Monzón, el infante Ignacio Ricopalchi, Carlos Alvarado Jerez, Gato Valle, Inti Peredo, Isabel Allende, Hugo Barrios Klee, Chema López, Dulce María Tamahú, Otto-René Castillo, Mario Silva Jonama, Gato Pineda, Rafael Tieschler, Víctor Manuel Gutiérrez, Rogelia Cruz, miss Guatemala. Quizás tú. Y todo mi pueblo bañado en olas sucesivas de un silencio rojo.

Guzmán, etcétera). Es en el terreno de la posible polémica donde toma su importancia la publicación del excelente folleto *Chilean Cinema** por parte de la British Film Institute, que recoge entrevistas a los directores Raúl Ruiz, Helvio Soto y Miguel Littin, a Armand Mattelart, manifiestos de los cineastas chilenos, reportes sobre el estado actual de Chile Films (comprado por un empresario para hacer telenovelas), bibliografía y una filmografía con más de cien títulos. El catálogo, no está de más decirlo, se imprimió a raíz de un ciclo retrospectivo de cine chileno exhibido en enero de 1977 en el National Film Theatre de Londres.

Seguramente lo más importante del libro es la entrevista a Mattelart y la introducción de Michael Chanan, quien ofrece una historia de Chile bien sintetizada, desde la intervención inglesa, a fines del siglo pasado, en las minas y el comercio del país, y el penoso desarrollo del cine chileno. Las opiniones de Mattelart y Chanan están llenas de datos, observaciones, bien fundamentadas de hechos y cifras y conclusiones que propician la comprensión del cine chileno en el marco de la sociedad que permitió el surgimiento de la UP. Todo lo contrario pasa con las observaciones de los directores chilenos, incapaces de apreciar lo ocurrido entonces si no es a partir de sus experiencias personales, tan valiosas como insuficientes. Esto no es tan raro si se toma en cuenta una afirmación de Mattelart: "El trabajo ideológico en el área de las comunicaciones fue casi dejado a la improvisación y a las tácticas particulares de cada partido" (p. 76); igualmente, Chanan cita a Mattelart para precisar que "... era difícil para ciertos sectores de la izquierda el concebir la lucha ideológica como una parte integral de la lucha de clases" (p. 22).

La producción cinematográfica chilena es más bien raquítica: según Chanan, su época muda (hasta 1931) contiene más o menos 80 obras, la mitad de las cuales se hicieron entre 1925 y 1927. La misma cantidad se filma entre 1931 y fines de los sesentas. Sin embargo, se fomenta la cultura del cine con el establecimiento, en 1958, del primer cineclub en la Universidad de Chile; pronto se crea el Instituto de Cine de la Universidad Católica de Santiago y, en 1962, el cineclub de Viña del Mar, donde se celebra el festival de cine latinoamericano más importante, desde 1967 hasta 1972.

A mediados de los 60's comienzan a



foguearse directores jóvenes como Soto, Littin, Pedro Chasquel y Aldo Francia, que entienden el cine como un medio de impugnación de mitos, de relectura y rescate de la verdad histórica y cotidiana, aunque todo un sistema de exhibición de películas extranjeras engañosas y un sistema de filmación escaso y primitivo dificulten la tarea; lo importante es afectar al público con mensajes de signo diferente, progresista. "Es evidente que el nuevo cine chileno sólo pisó tierra firme y descubrió su voz política cuando descubrió que el único camino posible para un cine político era el cambio tanto de las relaciones de producción como de las relaciones con el auditorio" (p. 21). Las cintas empiezan a abordar los móviles económicos de las guerras patrias (*Caliche sangriento* de Soto) o la opresión social que produce el crimen individual (*El chacal de Nahueltoro* de Littin), pero hay en toda la producción una curiosa fascinación por la derrota heroica y/o injusta, por los mártires y las causas perdidas que lleva al pesimismo y la frustración a esa generación, aun después del triunfo de la UP. Ese desaliento latente prefigura el desastre futuro; películas como *La tierra prometida* (1973) "... plantean un cuadro de debilidad integral y aun vacilación dentro de la Unidad Popular. De alguna manera, José Durán (el caudillo vencido de *La tierra prometida*) significa claramente en el film de Littin al propio Allende" (p. 2).

El problema es que esa actitud se ha mantenido en el exilio y los directores no sólo mantienen sus puntos de vista ideológicos primitivos, sino que se muestran incapaces, por obvios motivos sentimentales, para analizar concienzudamente todo lo que entrañó el intento marxista chileno y

el golpe de Estado. No es, pues, casual que los mejores textos sobre el tema sean de autores extranjeros, para quienes eso fue un bestial campo de experimentación, aunque gentes como Mattelart se hayan comprometido con la UP desde adentro y a través de sus momentos más difíciles.

Ahora es el momento de las conclusiones, de divulgar las experiencias y lecciones para sacarles provecho; indudablemente, algo tan débil y brillantemente desarrollado como el "nuevo cine chileno" merece bastante más que la descripción de sus fallas y aciertos. Para superar esa etapa, análisis como los presentados en el folleto de la BFI son, con todas las limitaciones del caso (brevedad, esquematismo, necesidad de informar a un público como el británico, que ignora todo sobre Chile), un paso de enorme valor.

* *Chilean Cinema*, editado e introducido por Michael Chanan, Londres, 1976, British Film Institute, 102 pp.

Gustavo García

Artes Plásticas

De exilio y solidaridad: América en la mira

Salvo excepciones, la condición del exiliado camina pareja a la solidaridad con las luchas populares de liberación en América. Cuando decae la militancia antifascista para tornarse recuerdo ocasional, "cuando el optimismo se deteriora por los mil recursos del imperialismo, cuando la nostalgia por el país de origen se complica con el sentimiento de culpa por su abandono, los trabajos intelectuales y artísticos pierden la brújula y al decir de Adoum (*Entre Marx y una Mujer Desnuda*) la tranquilidad en la que se instalan resulta una canallada. ¿Por qué es así?" ¿Es que exiliados y solidarios han desistido de la lucha? En parte sí, pero lo determinante reside en la situación histórica difícil de transformar para quienes